

una excepción en la ciudad del Renacimiento, porque estaba construida al modo alemán en estilo gótico. Parte de ella, ciertamente en estado muy indigno, es todavía visible (1).

La *Región del Campo Marcio* reducía el nombre del antiguo Campo de Marte a un espacio mucho más pequeño. El centro de este barrio del norte, que estaba limitado al oeste por el Tíber, y al este por el Pincio, lo formaba un gigantesco monumento de la antigüedad, el mausoleo del emperador Augusto. Había servido de castillo a los Colonnas en la edad media, y en tiempo de Paulo III fué transformado en un jardín, que aprovechando los restos de muros que allí había, formaron los Soderinis, y embellecieron con estatuas conforme al gusto del Renacimiento. El obelisco que había estado antiguamente a la entrada del mausoleo, y fué descubierto en 1519 junto a S. Roque, yacía roto en cuatro trozos en la Vía de Ripetta (2).

En este distrito, como lo muestran los nombres de las calles, se habían avocindado numerosos extranjeros alrededor de las iglesias nacionales de los bretones, portugueses, esclavones y lombardos: S. Ibo, S. Antonio, S. Jerónimo y S. Ambrosio (más tarde S. Carlos al Corso). Desde los tiempos de León X este sitio había alcanzado gran vida y movimiento (3). En el pontificado de Julio III todavía conservaba notable importancia, porque este Papa fué quien hizo reconstruir y ornamentar para la residencia de su hermano, el gran palacio Cardelli, en el cual desde 1537 hasta 1547 había habitado el cardenal Carpi (4). A la Región del Campo Marcio pertenecían también el célebre hospital de Santiago in Augusta, el antiguo monasterio de benedictinas de S. Gregorio Nacianceno, Sta. María, el templo de la Trinidad de los Montes sobre el Pincio, y la iglesia donde tenían sus sepulcros los Róveres, Sta. María del Pueblo, llena de las más magníficas obras del arte del Renacimiento (5). La puerta contigua, por la cual entraban en la Ciudad eterna la mayor parte de los forasteros del norte, ofrecía un aspecto muy pintoresco con los

(1) Vía Sudario, n.º 45; v. Gnoli, *La Torre Argentina in Roma*, Roma, 1908; Noack, *La Roma alemana*, 58 s.; Stettiner, 445.

(2) V. Hermanin, 27, lámina 38; Egger, *Vistas*, I, 20, lámina 7.

(3) Cf. Tesoroni, *Il palazzo di Firenze*, 7, y Rodocanachi, *Rome*, 200 s.

(4) V. más arriba p. 326.

(5) Fabricio (*Roma*, 254) dice, que ninguna iglesia de Roma contenía tantos monumentos de mármol.

baluartes de Sixto IV, como se ve por un diseño de Heemskerck (1).

La irregular plaza del Pueblo todavía no estaba adornada con el obelisco. Tres calles conducían desde allí al interior de la ciudad atravesando la Región de la Columna: a la derecha la Vía de Ripetta, a la izquierda la Vía del Babuino y en medio la Vía Lata o el Corso, así llamado por las carreras que en ella se celebraban en tiempo de carnaval. Pero esta calle principal no era en modo alguno la más viva y animada; hacia la puerta las casas eran raras, y a derecha e izquierda se levantaban paredes de huertos. Tampoco la Vía Babuino, que tenía su nombre del Sileno de una fuente, estaba enteramente cubierta de edificios en dirección al Pincio. La parte superior de la Ripetta está designada como Vía Populi en el plano de Bufalini. La pequeña calle transversal, que junto al mausoleo de Augusto enlaza la Ripetta con el Corso, recibió su nombre, calle de los Pontífices, de los frescos con que el humanista y poeta español Saturnio Gerona, que allí vivía, embelleció su casa. Eran los retratos de los Papas, a cuyo servicio había estado Saturnio durante su permanencia de cincuenta y dos años en Roma (2).

Si dirigimos una mirada retrospectiva a los mencionados barrios de Roma, nos causará muchísima admiración el ver cuán concentrada estaba la vida en la parte baja, vecina al Tíber. El muy extenso terreno de las colinas del norte, este y sur, el Pincio, Quirinal, Viminal, Esquilino y Celio, al igual que el Aventino, estaban casi inhabitados (3). Al lado de las antiguas y venerables basílicas, sobresalían acá y allá algunas altas torres del tiempo de la edad media. Prescindiendo de los monasterios, sólo viviendas enteramente aisladas había en estos parajes, que parecían destinados para siempre a la oración y a la soledad. La razón principal de ello la da una noticia de Fichard, que causa mucho asombro dada la actual riqueza de aguas de Roma, la cual noticia halla en parte su explicación en las destrucciones sistemáticas de los acueductos en tiempo del saco. El viajero de Francfort observa, que él en toda la ciudad había visto muy pocas fuentes;

(1) V. Egger, *Vistas*, 19, lámina 2; Hülsen-Egger, I, 6.

(2) Cf. Lohninger, *S. Maria dell' Anima*, 110 s. Sobre las obras caritativas de Gerona cf. Forcella, VIII, 136.

(3) Cf. el plano de Bufalini; v. también Fabricius, *Roma*, 26.

y que la población se había de contentar con el agua de las cisternas y con la del Tíber, la cual diariamente se llevaba por las calles de la ciudad (1). En qué medida tan extensa esto se efectuaba, vese por el hecho de que los aguadores formaban un gremio propio (la *Compagnia degli Acquarenari*) (2). Sacaban el agua junto a la Puerta del Pueblo, donde todavía no estaba sucia; y después la dejaban posarse por cinco o seis días. Parece increíble, que fuese tenida por salubre el agua del amarillo Tíber, y que tanto Paulo III como Clemente VII la llevaran consigo en sus viajes. El médico Alejandro Petroni, muy amigo de S. Ignacio de Loyola, alaba las cualidades benéficas del agua del Tíber, en una obra dedicada a Julio III (3).

Los parajes deshabitados, que ocupaban dos tercios del espacio cercado por los muros de Aureliano, estaban llenos del encanto de los recuerdos. En grandiosa soledad y pintoresca dispersión yacían allí los enormes restos de la antigüedad, como también las venerables basílicas y monasterios de los primeros tiempos del cristianismo y de la edad media. Constituían ellas el fin principal de los peregrinos, que todavía en gran número iban en romería al centro de la unidad eclesiástica. Tampoco a los doctos se les pasaban por alto las cosas notables de las antiguas iglesias (4), pero eran mucho más atraídos, como los hombres cultos en general, por las antiguas ruinas y edificios, para cuyo estudio ofrecían una multitud de útiles advertencias las obras topográficas de Bartolomé Marliani, de 1544, y de Lucio Fauno, de 1548 (5). Las ruinas del tiempo de los romanos yacían

(1) Fichard, Italia, 26; v. además Schmarsov en el *Repert. para la ciencia del arte*, XIV, 132 y Gnoli, Roma, 189 s.; cf. también Fabricius, Roma, 165.

(2) Cf. Cancellieri, *Sopra il tarantismo*, etc., Roma, 1817, 68 s.; Lanciani, *Renaissance*, 78 s.; Baraconi, 154 s.; Rodocanachi, Rome, 210, 245.

(3) A. Petronius, *De aqua Tiberina ad Iulium III P. M., Romae*, 1552. Juan Bautista Modio, en su raro escrito *Il Tévere* (Roma, 1556), dedicado al cardenal Ranuccio Farnese, defendió por el contrario la opinión, de que el agua del Tíber era perjudicial; añadiendo que el cardenal ha de exponer esto a Paulo IV y procurar remedio por la restauración de los acueductos (p. 59 s.). Pero el médico Andrés Bacci por el mismo tiempo abogó de nuevo por la bondad del agua del Tíber en un escrito *Del Tévere* (s. a., edición posterior Venecia, 1576), dedicado al cardenal Alfonso Farnese.

(4) Cf. Fabricius, Roma, 202, 211, 224, 226.

(5) La obra de Pirro Ligorio con sus opiniones en tan diversos puntos discrepantes se publicó en 1553; con todo, semejantes ideas estaban ya antes en circulación; v. Ehrle, *Roma di Giulio III*, 27.

enteramente solitarias; porque las Viñas, que se habían formado muchos cardenales y nobles en los terrenos de las colinas, sólo presentaban por la mayor parte muy modestas quintas, que únicamente se habitaban por otoño. Faltaban aún casi en su totalidad las grandes y lujosas Villas de los tiempos posteriores. Los parajes que en tiempo de la República y del Imperio habían constituido el centro de la vida, eran una región llena de viñedos, huertos y terrenos de labranza de carácter enteramente rural, y en varios sitios un desierto campo de ruinas, de cuyo absoluto abandono y solemne silencio apenas podemos ya formarnos una idea en el día de hoy (1).

Rodeadas muchas veces de antiguos plátanos, sombríos cipreses, altos pinos y densos laureles, eran las antiguas ruinas el encanto de los pintores. Los esbozos de Heemskerck, como muchos de los grabados de Du Pérac, que se hicieron más tarde, ofrecen cuadros de indescriptible romanticismo (2). En muchos sitios servían las ruinas de almacenes o establos, como aun hoy las Siete Salas. El embajador veneciano Mocénigo dice, que era cosa extraña de ver cómo sobre los antiguos arcos y edificios se levantaban viñedos, huertos y pequeños sotos (3).

Las antiguas construcciones se presentaban todavía al espectador en toda su grandiosidad. Estaban incomparablemente mejor conservadas que hoy; pues a pesar de todas las devastaciones de los pasados siglos, no pocos de estos monumentos poseían aún su antiguo revestimiento de mármol, sus columnas y otros adornos. Las enredaderas y la maleza, que habían echado raíces por todas partes, donde estaban sueltas las junturas de los ladrillos, efectuaban a la verdad su lenta, pero seguramente progresiva obra de destrucción.

Las grandes ruinas producen siempre una impresión sublime, menos por sus masas de piedra, que por la excitación de la fantasía, a la que anuncian pasadas grandezas. En ninguna parte se ofrece al viajero una imagen tan patética de lo pasado, como en

(1) El estado de aquel tiempo se conoce muy bien en el plano de Bufalini, como asimismo en el de Pinardo. V. Rocchi, *Piante* 47-48, 85; cf. Fichard, Italia, 24. Bufalini (E) señala junto a la pirámide de Cestio la *Vinea Io. Bapt. de Montibus*.

(2) V. Du Pérac, *I Vestigi dell' antichità di Roma*, Roma, 1575, y Lafréry, *Specul. Rom. magnificent.*; cf. Ehrle, *Pianta del 1577*, 10 s., 15 s.

(3) Mocénigo-Albèri, 31.

Roma en presencia del hundido mundo de los dioses y los hombres. La melancolía, que con semejante vista embarga a los mortales, viene a expresarse con mucho efecto en los versos con que Joaquín du Bellay cantó las ruinas que había recorrido, en el primer libro de sus *Antiquités de Rome* (1558).

En extraña oposición al culto arqueológico, que se tributaba a la antigüedad, los antiguos edificios, durante toda la época del Renacimiento, eran despojados sin ningún género de miramiento de sus mármoles y columnas, y utilizados como cómodas canteras para las nuevas construcciones. Asimismo se procedía sin ningún reparo en la búsqueda de antigüedades; muchas veces se destruía más de lo que se sabía e intentaba. Muy fatal fué también el excavar debajo de los fundamentos de los antiguos edificios. Claramente se ve en los grabados del siglo xv, cómo los gigantescos pórticos de las termas de Diocleciano se venían al suelo con semejantes excavaciones. En estos baños, los mayores de la antigua ciudad, había erigido una capillita un sacerdote siciliano a principios del reinado de Julio III; con todo, poco después le echó de allí la gente perdida, que utilizó las ruinas cual cómodo lugar de refugio (1). Las termas con sus grandes pórticos hacían en Fichard la impresión de una serie de iglesias. Opina él, que como edificio son dignas de admiración, pero que ya difícilmente se pueden reconocer por su destino (2). Grandes transformaciones comenzó a sufrir este sitio, al fundarse la Villa, los célebres Horti Bellajani, que debieron su origen al cardenal du Bellay, tan amante del fausto y de las artes (3).

De las termas de Tito y el anfiteatro Castrense, que servía de huerto a los religiosos de Sta. Cruz de Jerusalén, había mucho más conservado que al presente, como lo muestran los grabados. Subyugadora impresión causaba en todos los visitantes de Roma el Coliseo, aunque su piso bajo estaba en parte todavía soterrado

(1) Cf. Hermanin, 19, lámina 24; v. también Bollet. d' Arte, III (1909), 364 ss.

(2) Fichard, Italia, 40.

(3) Cf. Nibby, Roma. Parte antica, II, 802; Lanciani, II, 138 s.; Ehrle, Roma prima di Sisto V, 33; Bártoli, 76; Baraconi, 133; Romier en las *Mél. d'archéol.*, XXXI, 27 s. Sobre la portada de entrada de la Villa, no retirada sino hasta hace poco, v. Anuario d. Assoc. artist. fra i cultori di architett. Rom., 1908, 58 s. y Nuova Antologia, CXXXVI (1908), 411 s. Sobre el parque de ciervos, que en tiempo de León X se hallaba junto a las termas de Diocleciano, v. nuestras indicaciones del vol. VIII, 106.

hasta los capiteles de los arcos. El mayor y más magnífico de todos los antiguos monumentos lo llama Fichard; diciendo que en ninguna parte era posible reconocer tanto la majestad del pueblo romano como en esta obra maravillosa, de cuya vista no podía uno verse harto. ¡Qué habría sido, añade, cuando estaba todavía adornado con estatuas y en toda su integridad! (1).

Sobre el estado del foro, cuyas ruinas y columnas estaban medio soterradas por escombros y tierra, ofrecen un vivo cuadro los dibujos de Heemskerck. Estos muestran también, cómo el arco de Tito estaba todavía cubierto totalmente con su envoltura medieval, y el arco de Severo, por el contrario, con todas sus tres aberturas estaba descubierto en considerable profundidad, pero todavía coronado de almenas medievales. Entre el arco de Severo y el santuario de Saturno, muy cerca de las ruinas del templo de Vespasiano, estaba la antigua iglesia de los SS. Sergio y Baco, la cual, más feliz que todas las otras, escapó de la destrucción en las demoliciones de Paulo III con ocasión de la entrada de Carlos V (2). Sta. María la Nueva tenía aún la fachada de Honorio III. El edificio que había junto a la iglesia, estaba unido con el Palatino por la fortaleza medieval de los Frangipanis (3). En la basílica de Majencio, que se llamaba entonces *Templum Pacis*, admiró Fichard todavía una de aquellas ocho gigantescas columnas de mármol blanco, de orden corintio, que estaban antiguamente junto a los pilares centrales. Declara ser esta columna, colocada más tarde delante de Sta. María la Mayor, la más hermosa de Roma. En el Circo Máximo, que servía de huerto, sólo estaban bien conservadas todavía las bóvedas de debajo de las series de asientos; los romanos de entonces habían puesto allí almacenes y tabernas, en las cuales durante los ardientes meses del verano se refrigeraban con vino fresco (4).

Respecto de los palacios imperiales del Palatino, que se llamaban entonces Palacio Mayor, confiesa Fichard, que no pudo

(1) V. Fichard, Italia, 32, 35; cf. Michaelis, Libros de esbozos sobre Roma, 153, 163; Hermanin, lámina 21.

(2) V. Hülsen, El foro², Roma, 1905, 36 s.; cf. *ibid.*, 38 s. sobre la descripción que hizo Marliani en 1544 del foro y sus monumentos («trabajo profundo y crítico para aquel tiempo»), y la polémica con P. Ligorio en tiempo de Julio III.

(3) Cf. Bártoli, n. 4.

(4) Fichard, 34.

formarse ninguna idea cabal de esta construcción (1). La colina, cubierta aún de un inmenso montón de ruinas, en parte se hallaba en posesión de conventos y de personas privadas, y en parte carecía enteramente de dueño. Todo allí estaba lleno de espesas matas y árboles, entre los cuales se habían plantado viñas en sitios oportunos. En algunos lugares cercados se guardaban rebaños de bueyes y ovejas (2). Un excelente diseño de Heemskerck presenta una preciosa vista de conjunto de las pendientes del suroeste del Palatino y de la planicie del Circo Máximo. Heemskerck ha dibujado también el panorama encantador, que se abre a los ojos del visitante del Palatino, desde la azotea del Belvedere hacia el Coliseo, como también las pintorescas ruinas del Velabro (3).

Ya en tiempo de León X, y después de un modo más extenso en el pontificado de Paulo III, se habían emprendido excavaciones en el Palatino, las cuales se continuaron en tiempo de Julio III. Pirro Ligorio las describió como testigo de vista. Con el nombre del nepote del Papa Farnese va enlazada la transmutación, que dió un nuevo aspecto a una gran parte del Palatino, al transformar Alejandro Farnese la viña que allí tenía, en una grandiosa villa. En qué aprecio tenía el cardenal esta posesión, consta por el hecho de que en el documento de donación otorgado el 17 de abril de 1548, en favor de Octavio Farnese, sobre su viña situada junto al Palacio Mayor, determinó que ésta había de permanecer siempre en poder de la familia Farnese (4).

De un adorno principal del Palatino, el célebre Septizonio, se conservaba entonces todavía el saledizo del este. Heemskerck ha dibujado repetidas veces este último resto de la magnífica fachada del palacio de Septimio Severo, que miraba a la Vía Apia, sin olvidar tampoco, cuidadosamente como siempre, las pequeñas construcciones, que los Frangipanis habían añadido en el siglo XII a este edificio (5).

La región de los foros de los emperadores, que en tiempo

(1) *Ibid.*, 37.

(2) Cf. Hermanin, lámina 26.

(3) V. Egger, *Vistas*, I, 44, 47, láminas 96, 99, 112, 113.

(4) Cf. Lanciani, I, 179; II, 34 ss., 45 ss.; III, 112.

(5) V. Hülsen, *El Septizonio*. Certamen para la fiesta de Vinckelmann, 1886; Hermanin, 22, láminas 29 y 30; Bártoli, n. 23-24 y en el *Bull. d'Arte*, III (1909), 258 s.; Egger, 43 s., láminas 92-94. Cf. ahora también el valioso artículo de Hülsen en la *Revista de la historia de la arquitectura*, V, 1 s.

de S. Pío V fué alterada esencialmente con la apertura de la Vía Alejandrina, ofreció hasta entonces un cuadro por extremo característico. En confusa mezcolanza se levantaban allí al lado de pobres casas y el fuerte asiento de los sanjuanistas, edificado en el siglo XIV, las torres de los Contis, Colonnas y Caetanis. Del foro de Nerva se conservaba considerablemente más que ahora; del de Trajano, que sobrepujaba a todos los demás en magnificencia y extensión, estaban en pie todavía las ruinas de la gran exedra, que se hallaba en la pendiente sur del Quirinal. La basa de la columna triunfal del emperador la había dejado más libre y visible Paulo III, para lo cual fué derribada la iglesita de San Nicolás ad Columnam, erigida allí en el siglo XII. Una serie de casas, cuyo derribo no se efectuó hasta 1812, rodeaban la plaza. La iglesia de Sta. María de Loreto, erigida por el gremio de panaderos, aun no estaba terminada (1). En las inmediaciones, junto al Macel de' Corvi, se hallaba la sencilla habitación y taller de Miguel Angel; más tarde fué restaurado este edificio al estilo moderno, pero en 1902 desapareció el último resto de la casa, que habitó el maestro por espacio de treinta años (2).

Al viajero que por caminos solitarios entre tranquilas viñas visitaba los restos de la antigua Roma, le recordaban a cada paso los antiquísimos monasterios e iglesias el poder que había vencido al paganismo. El libro de la historia universal estaba aquí abierto, por decirlo así, siendo un sermón patético de la caducidad de las cosas terrenas y de la divina Providencia, que tanto más enérgicamente impresionaba, cuanto más extendida yacía esta región en profundo silencio, que sólo era interrumpido a mediodía y al anochecer por el sonido de la campana de las oraciones. Aumentábase todavía esta subyugadora impresión cuando entraba el peregrino en los venerables santuarios, en los que descansaban los mártires y santos de los primeros tiempos del cristianismo, notables todos ellos por un carácter propio que embargaba el alma. A todos éstos no habían aún tocado las posteriores y a menudo tan violentas transformaciones y restauraciones; con sus columnas, tomadas por la mayor parte de anti-

(1) V. Hermanin, 14, láminas 15-17.

(2) Estaba situada en el Vicolo de' Fornari, n. 212; v. Lanciani, *Renaissance*, 185; Mackowsky, 249 s.; Steinmann en la *Revista alemana*, 1902, cuaderno de mayo, 279 s.